

dores del planeta por las navegaciones, y del organismo propio por los progresos de las ciencias anatómicas, y por los cuerpos hercúleos que habían levantado como en un Olimpo nuevo y humano las artes del dibujo; más dueños del tiempo, gracias á que la Historia se completaba, resucitando por un lado las estatuas clásicas entre los escombros, y viniendo por otro lado el indio de América más próximo á la Naturaleza que nosotros; las ciencias del pensamiento debían erocer cual todo crecía en tal primera interior y exterior; tomando las experimentales con Vives y con Baccón el criterio de la observación, mientras las metafísicas con Descartes y Pereira el criterio de la razón pura, independiente; todo lo cual, así como hacía señorear al hombre sobre la Naturaleza, lo transformaba en soberano de sí mismo y soberano de toda sociedad por la santa revelación de su derecho.



CAPITULO QUINTO

El concepto de la Revolución

No hay, pues, que limitar el concepto de revolución á lo político tan sólo. Todo movimiento, que renueva desde la tierra donde vivimos hasta la ciencia, de cuya luz nos esclarecemos en un movimiento revolucionario. Ciertamente que necesita esto una congruente aclaración. Muévense las sociedades hacia adelante, cuando van á la realización de un ideal progresivo; muévense hacia atrás, cuando van á la realización de un ideal reaccionario. Revolución por movimiento es la reacción también. Pero las escuelas políticas modernas quieren que se llame revolución sólo al movimiento progresivo y no al movimiento reaccionario. En esta dirección han cambiado por tal modo los conceptos, que nuestro diccionario de Autoridades, obra del siglo último, del siglo de las revoluciones por excelencia, no conoce la palabra revolucionario, no la registra, no la conmemora, cuando tan difundida está y tan vulgar es entre nosotros. En la misma palabra revolución, las acepciones políticas de este gran Diccionario son muy ajenas á la primera acepción vulgar de revuelta. Por encima de la política pone las acepciones de la palabra en los tratados astronómicos y geográficos. Entiende por revolución la Astronomía, el movimiento de las esferas cumplido; y entiende por revolución el movimiento de las figuras, produciendo á su vez otras figuras, cumplido en Geografía también. Pero, al entrar en política, se pierde la capital acepción de nuestra palabra hoy en una serie de conceptos ajenos por completo á nuestro modo de pensar y decir. Hay el cambio de gobierno, pero no como el sentido capital de la palabra. Y hasta en lo político registra y conmemora significaciones hoy caídas en desuso, como aquella de

llamar una revolución á la dificultad que pueblos ó gobiernos extranjeros pueden oponer á cada gobierno. Y hay otra particularidad en este Diccionario verdaderamente notable. No existe la palabra reacción, hoy tan vulgar y corriente, ni como la usamos en los negocios del Gobierno ahora, ni como la usamos en los experimentos de Química. Pero sí enseña este Diccionario la imposibilidad absoluta de aplicar únicamente á la política esta palabra de revolución, que resonará en la Historia del siglo décimo-nono, cual no puede resonar ninguna otra palabra, pues imposible tener su alcance y la importancia que ésta las demás, cuando tratamos de calificar tiempos revolucionarios como nuestros tiempos. Y por lo mismo daríamos una idea completa del asunto á que consagramos este libro, si no dijésemos cómo habían precedido á la revolución por antonomasia en el mundo, á la revolución francesa, una revolución en el sentimiento, la revolución artística; una revolución en el suelo, la invención de América; una revolución en los conceptos relativos á la máquina celeste y al cielo, el libro de Copérnico; una revolución en Teología, el Protestantismo. Y estas revoluciones explícanse todas por lo mismo que se explican las apartadas revoluciones sidéricas y la producción de luz y de calor en la Naturaleza, por el movimiento.

Para más definir y dilucidar estos conceptos, meditemos acerca de algún hecho capital estudiándolo en sus trascendencias al Estado y en la inmanencia dentro del tiempo y del espacio. Parece un hecho puramente geográfico el hecho de Colón. A primera vista no hay allí nada más que una exploración de mares hasta entonces ignorados y una milagrosa pascua de resurrecciones increíbles que llenan el mar de nuevas tierras, el cielo de nuevos astros, y completan en la experiencia el sistema de Copérnico demostrando cómo nuestro mundo no es plano, cual creían las viejas supersticiones, no, es en verdad esférico. Parecía que sólo tuviera interés en aquel capitalísimo hecho la navegación por las aplicaciones nuevas dadas al astrolabio y por la desviación de la brújula; ó las ciencias naturales por el nuevo número de especies y especias allí encontrado, por los aumentos de la Flora y de la Fauna planetaria; ó las ciencias astronómicas por las nuevas constelaciones, como la cruz de Magallanes, nunca vista desde nuestro cielo boreal; y el comercio por los aportamientos de nuevos productos y el trazo de vías nuevas en la inmensidad. Pero no, la invención de América trae aparejada una revolución social. En ella y por ella concluyeron los caracteres constitutivos de la propiedad feudal en los siglos medios. Muchísimo habían hecho contra esta propiedad los códigos romanos traídos por nuestros jurisconsultos á la legislación y en las cuales no aparecían consustanciales con la posesión del suelo, ni la soberanía, ni la jurisdicción; mucho habían hecho los Reyes, oponiendo la unidad de los Estados al caótico fraccionamiento antiguo; mucho había hecho la pólvora rompiendo las bases graníticas de los castillos y echando por los aires las piedras que constituían muros inexpugnables y torres del homenaje, á cuyos pies yacían en el terruño los siervos obedientes, y por hijos tor-

pes los siervos rebeldes pateaban en la horca; pero todo esto no importa, ni vale, ni significa tanto como la depreciación que trajo al valor del suelo tanto cúmulo de tierras incommensurables y como la sustitución del caballero fijo en su terruño con el caballero marante, todo aquello iba reemplazando á la guerra y sus embates el comercio con sus pacíficas y regeneradoras competencias.

Pues algo parecido pasa en otras manifestaciones de nuestro espíritu, en el arte, por ejemplo. La revolución entra en el arte cual pudiera en el Estado, en el gobierno en la legislación, en la política, en todo social organismo. Aunque sea la pintura el arte cristiano por excelencia, no puede romper el código de la serie, ni evadirse á una dialéctica tan imperiosa como la dialéctica del movimiento evolutivo; y así las primeras pinturas de la fe nueva se parecen, allá en los abismos de las catacumbas, al fresco y al grupo de Pompeya, como puede parecerse una avecilla en su nido al ave que la empolló y la crió. Hay en la vista de los primeros simulacros católicos una mayor expresión de los ojos, una más humilde actitud de las pinturas; pero dibujo y posición y colorido se parecen á los frescos romanos de la decadencia como los términos de las series y los homogéneos sumandos en las fórmulas y en las operaciones matemáticas. Así van siguiendo el movimiento pagano y sus fases los artistas católicos, hasta que por la irrupción de los bárbaros vuelve la sociedad nuestra casi á los tiempos primitivos, y en estos tiempos primitivos la caracteriza y la dirige como su verdadero gobierno una especie de teocracia. Y esta teocracia, no solamente se apoderará de los Emperadores y de los Reyes, no sólo intentará sustituir el derecho canónico al derecho civil, sino que dominará sobre las bellas artes y les impondrá una especie de litúrgico yugo, al cual no podrán en manera alguna desasirse. Precediendo por ineludible ley á la Iglesia de Occidente, la Iglesia Oriental en brillo, en ciencias, en teología, en universales concilios; aunque Roma tenga sus Papas y sus cánones, había de apoderarse del arte cristiano y poner su marca en la frente de los prototipos sagrados. Bizancio, que diera en materias artísticas un salto atrás, al Oriente, promulga una liturgia del arte, por tal modo asiática, que las figuras se asemejan á las figuras de los Imperios orientales, donde se disipa el alma en la materia y los humanos pies se enredan con las especies inferiores en una especie de vegetativa existencia. Pero no está el mal tanto en los aspectos que toman las figuras pictóricas á tales cánones poco estéticos y sabios, como en la fijeza de estos cánones mismos, imponiendo una inmovilidad eterna, consagrada por una tradición imperturbable. Así llegan á dominar sobre las artes del dibujo los procedimientos más contrarios á la naturaleza propia del genio y á la copia natural de los productos artísticos, una rutina elevada tristemente á ley, de suyo análoga en todo, con la que vemos en el pie de la inspiración puesta por el Estado y por el uso, especie de hiliellos que atan los muchachos á una pata de las inquietas y voladoras aves para que no puedan en el éter bañarse, ni devorar el espacio. No estaba, pues, lo malo del canon bizantino

en la fealdad puesta por sus disposiciones sobre las figuras; estaba en la quietud y en la inmovilidad de estas perdurables disposiciones. Aumentaba la rigidez y la inercia el uso de traspasar los asuntos pintorescos á las piedras de los mosaicos, y por tan extraño modo petrificarlos. Muchos siglos duró esta manera de pintar, los siglos de teocracia, los siglos de inmovilidad. Pero debía llegar el movimiento paralelo de las ideas y de los hechos, un siglo renovador, digámoslo en puridad, un siglo revolucionario. Este siglo fué, á no dudarlo, el siglo décimo-tercio. Las gentes en armas habían vuelto de las varias frustradísimas Cruzadas sin el Santo Sepulcro en las manos, pero con efectos de igualdad en los corazones; á la peregrinación terrestre subseguía una peregrinación marítima iniciada por las ciudades mediterráneas como Barcelona y Marsella y Pisa y Venecia, quienes dando su precio debido al trabajo y al comercio, también se lo daban con justa razón á la libertad; fundábanse las comunidades en Francia y los municipios en España, sobre cuyas Asambleas iba surgiendo el rudimentario derecho de los pueblos, y sobre cuyos bienes de propios quebrándose las cadenas de los siervos del terruño; las dos hermandades religiosas de San Francisco y Santo Domingo, por el Verbo y su predicación la una, por sus sentimientos de caridad y sus principios de verdadera democracia la otra, removían los espíritus y arrastraban los artistas al divino ejercicio de la pintura; cada ciudad italiana, verdadera República, después de haber humillado al Imperio y recibido la bendición del Pontífice, sentía la visita de grandes inspiraciones y llamaba los pintores á exornar sus Catedrales, donde concentraban á una con las devociones religiosas el culto á todas las artes y el esparcimiento, en fiestas y espectáculos teatrales, del espíritu y del ánimo, recreados en el goce de su emancipación reciente y sacratísima. Había de venir por fuerza tras este movimiento una revolución artística; el pintor debía separar sus ojos del canon bizantino y volverlos así á la Naturaleza como á la Humanidad. Una especie de céfiro pasa por los artistas del cenáculo litúrgico y les presta movimiento, alas pintadísimas, como en primavera el tibio primer airecillo á las larvas de las bómices. A un tiempo mismo humanizan sus figuras, y las despojan del cendal de momias en todas partes, como imbuidos en un solo espíritu, los dos pisanos que pueblan el espacio de los batisterios con figuras transformadas como á un calor espiritual, y los Cosmates en Roma y Ducío en Siena y Cimabue, mayor entre todos, en Santa María de Florida. Los mismos saltos que da en Grecia el arte griego por excelencia, el arte de la escultura, pasando desde los tipos aristocráticos dóricos á los tipos humanos de la Jonia, lo da el arte católico por excelencia, la pintura, pasando desde las figuras bizantinas á las figuras naturales de Giotto, el gran revolucionario, que representa lo que Copérnico en la revolución del cielo y lo que Colón en la revolución del planeta y lo que Lutero en la revolución del espíritu y lo que Cromwel ó Mirabeau en la revolución del derecho y del Estado. Así vuelvo á decir que la revolución es eterna como el movimiento universal.

Fijemos con estas enseñanzas los naturales conceptos de la palabra revolución. El sentido vulgar toma la palabra revolución, tantas veces repetida en nuestros oídos, por la alteración más ó menos brusca de la paz pública, y el cambio más ó menos violento de las instituciones y de los gobiernos. Pero, á decir verdad, esta prestigiosa palabra tiene acepciones mucho más filosóficas y sentidos mucho más latos y universales. Puede haber una revolución radical sin que la paz pública se resienta, á la manera que el planeta se mueve sin que sintamos el movimiento. La sociedad humana es condensación de ideas, cual es el globo terráqueo condensación de gases. Una revolución sucede muchas veces en el espíritu cambiando sus creencias, y no trasciende á los hechos sino muy tarde, y no cambia, por de pronto, á lo menos, el orden de las cosas. Nadie puede negar que las renovaciones científicas son fases esencialmente revolucionarias del espíritu, por consecuencia de la sociedad, y, sin embargo, en nada perturban el orden regular, ni cambian las instituciones, aunque lentamente y por influjo misterioso, todo lo transforman. Llamen los astrónomos revolución al movimiento diurno de rotación que los planetas verifican sobre su eje, y al movimiento anual de traslación que verifican en torno del sol. Dividen, por ejemplo, los períodos en que las grandes revoluciones siderales se verifican en ciclos de diez y ocho años. Y cuando han acabado de estudiar desde lo infinitamente grande hasta lo infinitamente pequeño, se levantan á reconocer y proclamar el cambio y el movimiento universal. Así, no hay nada metafórico en esta especie de aplicación del vocablo al derecho: es la misma idea en el fondo expresiva del mismo natural movimiento.

Pero sigamos en estas reflexiones, indispensables al objeto de nuestra Historia. Pues bien, algo análogo á la idea de los astrónomos es nuestra idea cuando tratamos de comprender y de explicar la revolución. A todas las renovaciones progresivas del espíritu humano las llamamos revolución, como reacción á todos sus movimientos retrógrados. La idea, el alma de las cosas, su esencia misteriosísima, se mueve en movimiento eterno desde el seno de la Naturaleza, donde está como embriónica é incipiente, hasta el seno de la ciencia, donde llega en absoluto á su completa plenitud. Los cambios en sus relaciones con la Naturaleza, los cambios en el sentimiento, en el Arte, en la Religión, en la Ciencia, son revoluciones tan profundas y trascendentales como los cambios en el Estado. El invento de un telescopio que escudriña la profundidad de los cielos, y de una máquina que sojuzga las tormentas de los mares, significa una revolución profunda en nuestras relaciones con la Naturaleza. Revolución fué y grandísima el estallido de la pólvora y la fijeza de la brújula, y los tipos de la imprenta, y la máquina de vapor, y el hilo telegráfico y el pararrayos, y todos esos inventos por los cuales ejercemos un dominio mayor sobre el Universo. Revolución fué, y trascendental y profunda, la resurrección de la eterna Psiquis, la incomparable aparición de la divina Grecia, como la aurora del nuevo día del espíritu, en la tarde última de la Edad Media. Revolución la forma religiosa, y revolución el grito lanzado por los